

Título:

La cultura de la cancelación, sus causas, mecanismos y consecuencias

Pseudónimo:

Fulgor Sedano

La cultura de la cancelación, sus causas, mecanismos y consecuencias

En busca de la Quimera

La cultura de la cancelación ha adquirido una importante cotidianeidad. Toda persona la conoce, la ha sufrido, la ha ejercido; total que ella es uno de los mayores enemigos de la libertad de expresión y de la cultura occidental. Ya han corrido ríos de tinta sobre ella y sigue siendo un fenómeno todavía difícil de delinear. Este ensayo abreva en de diversas fuentes para dibujar con claridad los conceptos y los mecanismos que conforman a la cultura de la cancelación.

Al ser un fenómeno relativamente nuevo¹ y sin un consenso sobre su naturaleza, tiene características que nos parecen conocidas —y por lo tanto tendemos a considerarlas inofensivas— y otras más, que por extrañas, las consideramos equivocadas o exageradas. Este mosaico de elementos, a veces disonantes, adopta la forma del mito de la Quimera. Este animal mitológico ha sido descrito de diversas formas. Homero, en la *Odisea*, nos dice que consta de cabeza de león, cuerpo de cabra, cola de serpiente y aliento de fuego. Hesiodo menciona en su *Teogonía* que la quimera tiene tres cabezas, una de león, atemorizante; otra de serpiente, venenosa; y la última de cabra, la más inofensiva. Sin embargo, ambas fuentes confirman que la

¹ Varios autores señalan el inicio de este fenómeno entre 2011 y 2014 en las universidades estadounidenses: Jon Ronson (2015) en *So You've Been Publicly Ashamed*, ed. Riverhead Books. Jonathan Chait (2015) en su artículo “Not a Very P.C. Thing to Say”: <https://nymag.com/intelligencer/2015/01/not-a-very-pc-thing-to-say.html>. Lukianoff y Scholtt en *Canceling Of The American Mind* (2023). Ed. Simon & Schuster.

Quimera no es invencible, basta un ser humano con inteligencia, fuerte voluntad y con cierta dosis de suerte para derrotarla, este fue el caso de Belorofonte.

De manera que mostraré cada una de las características de la cultura de la cancelación; después, las causas; posteriormente, dos ejemplos representativos; en seguida, las consecuencias; y, por último, cual si fuesen armas al servicio de Belorofonte, se exponen las posibles soluciones.

Primero que nada, es preciso señalar que la cultura de la cancelación es hija su tiempo. Así como la imprenta, al difundir una cantidad nunca vista de información, provocó una fuerte reacción: las cacerías de brujas, el internet bajo el mismo principio de reducir distancias, exponer grandes cantidades de información a la gente y amplificar la voz de las masas, ha creado a la cultura de la cancelación.

Así, la cultura de la cancelación consiste no solo en cancelar, sino en cancelar en un contexto específico y de una forma puntual. Así, la forma en que se cancela tiene cinco características principales. En primer lugar, cancelar es invalidar, dejar sin valor, anular, desautorizar, despedir y habría que agregar que también es silenciar, imponer el silencio, acallar.

En segundo lugar, se cancelan tanto ideas como personas porque las ideas pueden ser anuladas e invalidadas y las personas son quienes pueden ser silenciadas y desautorizadas.

En tercer lugar, y esta me parece la característica más importante de esta forma de cancelar, es que se cancela a través de un procedimiento sinecdótico, es decir, se toma la parte por el todo. Por ejemplo, si una idea se considera inválida, entonces se silencia y se cancela no sólo a esa idea sino a su emisor y muy probablemente a todas sus ideas pasadas o futuras. La supuesta invalidez de la idea contagia a su emisor y éste resulta invalidado, cancelado, acallado. Al revés ocurre lo mismo, si una persona es desautorizada por algún hecho moralmente debatible, sus ideas son anuladas. No se cancelan por separado sino en conjunto: si se cancela a una persona, entonces, necesariamente, se cancelan sus ideas y viceversa.

En cuarto lugar, no se cancela cualquier idea o persona, sino que se cancelan aquellas ideas o personas que son percibidas como dañinas para ciertos grupos de la población; de manera que la cancelación se realiza en el nombre del bien y para proteger a los débiles.²

Y en quinto lugar, la cancelación ocurre en el contexto de la era del internet donde las redes sociales y la web han formado un segundo corazón que bombea realidad al lado del primero —todos nuestros actos físicos pueden acabar dentro de la

² Gascón, D. 2021. “Las ¿nuevas? formas de censura”. Ethic. Consultado el 22 de mayo de 2024: <https://ethic.es/2021/04/nuevas-formas-censura/>

web en cualquier momento—; es decir, se ha creado en los internautas una adicción a la aceptación que puede ser medida a través de *likes*, reacciones, retuits y demás formas de llevar un *score*.³ Además, en esta era del internet, las fronteras que dividían a las élites del resto del mundo se han reducido; estamos a unos cuantos clics de distancia. Por último, es importante notar que nuestros actos físicos están ligados al mundo virtual.

Así, la cultura de la cancelación es un fenómeno donde los “buenos” cancelan tanto a ideas como a personas “malas” en nombre de aquellos que pueden ser dañados; esto a través de un movimiento sinecdótico y en la época donde la humanidad gasta una cantidad ingente de tiempo en redes sociales para obtener aprobación social por medio un *score*.

Ahora bien, vale la pena revisar qué factores provocan la cultura de la cancelación. Existen tres causas principales que detonan que una persona o un grupo de personas entren en la cultura de la cancelación: 1) el razonamiento emocional, 2) el culto a la ultraseguridad y 3) la sobregeneralización y sus variantes: el pensamiento dicotómico y la falsa idea de que la vida es una batalla entre malvadas y buenas personas.⁴

El razonamiento emocional es la distorsión cognitiva que se produce cuando una persona permite que los sentimientos sean la principal fuente de información para

³ Baricco, A. 2019. *The Game*. Barcelona: Editorial Anagrama.

⁴ Haidt, J. y Lukianoff, G. 2019. *La transformación de la mente moderna*. Barcelona: Editorial Planeta.

interpretar e interactuar con la realidad, dejando de lado el conocimiento lógico-racional.⁵ Aunque siempre se debe poner atención a los sentimientos a la hora de tomar cualquier decisión, tomarlos como el principal insumo de información para entender la realidad puede llevar a resultados desastrosos. Usualmente, el razonamiento emocional funciona de la siguiente manera: Si algún acto de una persona me produce un sentimiento negativo —enojo, miedo, tristeza, ansiedad...—, entonces necesariamente ese acto, como su ejecutor, es malvado. Sin embargo, la realidad no siempre funciona bajo tal percepción.

Una variación del dilema del tranvía servirá como ejemplo de lo anterior. El conductor lleva un copiloto y el tranvía rueda sobre los rieles a buena velocidad. Cuando el tranvía sale de una curva ciega, un perro decide cruzar las vías y el conductor, por más intentos de frenado que haga, no logra esquivarlo y lo atropella. Sin lugar a dudas, ese accidente estruja el corazón del copiloto; sin embargo, el copiloto no pensaría en acusar de malvado al conductor, porque sabe que no era su intención atropellar al perro. Pero si así lo decidiera y tilda al conductor como malvado, estaría cayendo en un razonamiento emocional.

Del otro lado del ejemplo, cuando el conductor va manejando a una velocidad baja y un perro decide cruzar la calle y el conductor acelera de manera evidente para atropellarlo, entonces el copiloto sí podría acusar, con toda la razón, de malvado y perverso y tantas cosas más al conductor. En ocasiones, dentro de la cultura de la

⁵ *Ibidem*

cancelación, ocurre que una persona realiza un acto que es interpretado de la peor manera posible, se le acusa de malvado y se le cancela.

Ahora bien, respecto al culto a la ultraseguridad, es importante mencionar que se trata de una obsesión sobreprotectora, ya que busca eliminar las amenazas reales y las imaginarias también. Esto provoca que las personas habituadas a eliminar todo tipo de amenazas tengan muy poca disposición a reinterpretar hechos de una forma más razonable, ya que, desde su punto de vista, han podido resolver —eliminar— tanto sus problemas —amenazas reales o ficticias— como los ajenos.⁶

De esta manera, dicho comportamiento se torna un ciclo vicioso: la sobreprotección propia y la ejercida sobre los demás provoca que los niveles tolerables de incertidumbre y estrés sean menores para las personas dentro de este comportamiento, lo que a su vez lleva a que se redoblen las exigencias de sobreprotección hasta puntos poco benéficos o patológicos. En este tipo de comportamiento es común encontrar otra distorsión cognitiva, llamada lectura de mente.

La cultura de la ultraseguridad junto con la lectura de mente funciona de la siguiente manera: Primero, se busca cancelar aquella idea, expresión o hecho que se considere dañino para uno mismo y para los otros, sin tener evidencia de los

⁶ *Ibídem*

pensamientos y percepciones de esos otros y sin contar con evidencia de la nocividad del hecho en cuestión.

En el mismo tenor, la tercera causa de la cultura de la cancelación es la sobregeneralización y sus dos variantes: el pensamiento dicotómico —ver todo en blanco y negro— y creer que la vida es una lucha entre personas buenas y malas. En primer lugar, la sobregeneralización es otra distorsión cognitiva que consiste en tomar casos aislados y generalizar a partir de estos casos. Por ejemplo: Una persona del fenotipo A me asaltó, por lo tanto, todas las personas del fenotipo A son asaltantes. Los pensamientos racistas se alimentan de esta distorsión cognitiva.

Ahora bien, la primera variante de la sobregeneralización es la distorsión cognitiva conocida como pensamiento dicotómico, la cual consiste en interpretar la realidad en términos absolutos, del todo o nada, del bien y del mal. Una forma usual de esta distorsión cognitiva es muy común en discusiones asociadas a políticas públicas, por ejemplo: Se quiere solucionar un problema público —pobreza, inseguridad, violencia doméstica— y un grupo político piensa que la mejor forma es usar el instrumento A, mientras que otro grupo político piensa que la forma ideal sería usando el instrumento B. El pensamiento dicotómico consistiría en suponer que no existen otras opciones —C, D o E— o que la mezcla de A y B es inviable o no considerada.

El pensamiento dicotómico promueve la tribalización de la sociedad e inhibe el trabajo en equipo. La verdad, en políticas públicas, usualmente es más compleja ya

que no existen instrumentos que resuelvan los problemas del todo y tampoco existen otros instrumentos que no los resuelvan en alguna medida, más bien los instrumentos se complementan y suelen tener niveles de diferentes de eficacia a lo largo del tiempo y en diferentes zonas geográficas; sin embargo, cuando se cae en un pensamiento dicotómico, es imposible notar los beneficios de las mezclas y de la pluralidad y tampoco se pueden apreciar los defectos de las ideas propias. No se pueden ofrecer buenas soluciones cuando no se entiende o no se acepta la complejidad de los hechos y de los problemas sociales.

La segunda variante de la sobregeneralización es creer que la vida se trata de una lucha entre buenas y malas personas. Partiendo del ejemplo de políticas públicas y los instrumentos A y B, sólo basta que, tras negar las diferentes opciones y las posibles alianzas o mezclas de los instrumentos, se tilde de buenos a todo aquel que está dentro de nuestro grupo y apoya un único instrumento y que se piense que todo aquel que está en contra es un ser malvado ya que no piensa igual que nosotros.

Este tipo de comportamientos son comunes ya que la mente humana está diseñada para vivir en comunidades colaborativas desde hace miles de años: al existir cazadores y recolectores dentro de una comunidad, se gastaba mucha energía en huir del puesto de cazador, ya que en éste se expone la vida; lo que importaba era ganar el argumento, no importaba el apego a la lógica y la razón, por tanto, tal parece que la

irracionalidad salvaba vidas, aferrarse a ella era aferrarse a la vida.⁷ Así, resulta muy complicado salir de nuestras propias creencias.

En este punto es donde se puede apreciar cómo ciertas distorsiones cognitivas se relacionan con las principales características de la cultura de la cancelación. Primero que nada, el razonamiento emocional provoca que se cancelen ideas y personas. También, junto con la sobregeneralización, detona el movimiento sinecdótico de tomar las partes por el todo.⁸ Después, el culto a la ultraseguridad ocasiona que se clasifique como dañinas a algunas personas e ideas que no lo son realmente. Por último, el pensamiento dicotómico promueve la falsa idea de que existen tribus que luchan del lado del bien en contra del mal.

En este punto, cabe resaltar una necesaria obviedad: todas estas distorsiones cognitivas producen placer o satisfacción inmediata al individuo que cae en ellas. Llegar a una conclusión, ya sea acertada o errónea, por medio de lógica pura o por medio de razonamiento emocional, produce placer. Ver que todo el mundo se preocupa por la más ligera de mis incomodidades por supuesto que me provocará satisfacción. Que todo el mundo trate de mitigar mis miedos razonables o irracionales, es claro que me causará placer. Y saber que yo pertenezco a la tribu de los buenos y que estamos en contra de los malos, es evidente que me generará placer. Así, todos tenemos

⁷ Mercier, H. y Sperber, D. 2017. *The Enigma of Reason*. Harvard University Press.

⁸ López, I. 2021. "Vigilar y cancelar. Michael Foucault y la lógica de la cancelación". Nexos. Consultado el 25 de junio de 2024: <https://cultura.nexos.com.mx/vigilar-y-cancelar-michel-foucault-y-la-logica-de-la-cancelacion/>

incentivos para caer en estas distorsiones cognitivas y más aún la gran mayoría de personas caemos y usamos estas distorsiones en el día a día.

El problema se presenta cuando se conjuntan todos estos comportamientos a nivel de masa y se usan de manera desbordada y colectiva. Una a una, las distorsiones cognitivas mencionadas no son tan dañinas individualmente como lo son en conjunto. Justo como la Quimera, huidiza, extraña y familiar al mismo tiempo; pero cuando se logra verla de cuerpo entero es aterradora: un sinnúmero de personas actuando en masa cayendo en círculos viciosos de distorsiones cognitivas, los resultados son despidos, suicidios, desinformación rampante, aumento de la ignorancia, aumento de la polarización y el mayor ataque a la libertad de expresión desde la caída del muro de Berlín. A continuación, expondré dos ejemplos.

Vigilar y castigar

Comenzaré por analizar un caso convenientemente ficticio. Supongamos que existe un escritor, hombre, blanco, Premio Nobel, cuya obra se considera valiosa y que opina que el lenguaje incluyente es una tontería y que no sirve para nada. Acto seguido, esas declaraciones se vuelven virales en una o varias redes sociales y un grupo específico de personas, en estos mismos medios y con evidente enojo, comienza a pedir que no le den más espacios de opinión a ese escritor. También, el mismo grupo exige vehementemente que no se lean sus libros y que sean retirados de los temarios de

escuelas de educación básica y universitaria esgrimiendo que las ideas del escritor son dañinas y pueden reavivar traumas en personas que han sido discriminadas.

Este caso, contiene todas las características mencionadas de la cultura de la cancelación. Este caso se produce dentro de la época de las redes sociales, donde todos competimos por la aprobación y podemos recibir recompensas positivas o negativas —*likes* o *hate*—. Sentir nunca va a ser evaluado como bueno o malo, simplemente las emociones ocurren; la distorsión cognitiva consiste en pasar del sentimiento al juicio lógico: si me causan enojo estas determinadas ideas, entonces son ideas necesariamente erróneas.

La sobregeneralización ocurre cuando —una vez que se razonó emocionalmente— se usa la sinécdoque, se juzga a la parte para culpar al todo: si estas ideas son erróneas, entonces el resto de las ideas del autor, expresadas en otros medios, lugares y contextos, son erróneas también. Sin embargo, la sobregeneralización continúa funcionando y se combina con el razonamiento emocional en el siguiente silogismo: si esta idea en particular es errónea y me produce enojo, entonces él es una mala persona.

Es evidente que falta analizar el pensamiento dicotómico: si él es una mala persona, entonces yo soy una buena persona.

Por último, la sobreprotección entra en juego, dado que él es una mala persona que tiene ideas erróneas y dañinas en toda su obra, entonces exijo que se cancele al autor y a sus ideas de todo medio posible, para proteger a los demás de los daños que pueden causar tanto el autor como sus ideas. Así es como operan las causas de la cultura de la cancelación en un caso hipotético. Mas en un caso real, la complejidad aumenta, pero las causas siguen siendo identificables.

Cuando se analiza la realidad a través de este enfoque, pueden cumplirse algunas de las causas mencionadas, pero no necesariamente todas y las combinaciones de las distorsiones cognitivas son variadas. Para este caso, uso el caso del filósofo francés Michael Foucault, cuya obra, sin lugar a duda, es destacada en las ciencias sociales de occidente. Foucault fue acusado en marzo de 2021 de abuso de menores en Túnez cuando visitó ese país en 1969.⁹ La acusación tomó mayor fuerza a partir de un artículo del *Sunday Times*. La noticia llegó a nuestro país y Bernardo Bolaños escribió al respecto.¹⁰ El escrito de Bolaños es revelador. El primer movimiento de Bolaños es darle un significado nuevo y “perverso” a algunas ideas del autor. Aquí resulta claro, intuitivo, el movimiento sinecdótico: el artículo de Bolaños confiesa que sufre un temblor por el crisol de emociones negativas que lo invaden: tristeza, rabia, decepción, asco. Y termina preguntándose si cancelará a Foucault o lo confrontará.

⁹ López, I. 2021. “Vigilar y cancelar. Michael Foucault y la lógica de la cancelación”. Nexos. Consultado el 25 de junio de 2024: <https://cultura.nexos.com.mx/vigilar-y-cancelar-michel-foucault-y-la-logica-de-la-cancelacion/>

¹⁰ Bolaños, B. 2021. “Foucault cancelado”. La razón. Consultado el 25 de mayo de 2022: <https://www.razon.com.mx/opinion/columnas/bernardo-bolanos/foucault-cancelado-429163>

El análisis aquí requiere más esmero que en el caso hipotético. Primero, el razonamiento emocional existe, pero está atenuado. Foucault es acusado y eso me causa emociones negativas —dice Bolaños—, por lo tanto, Foucault es culpable. El atenuante es que el acusador es un testigo que podría calificarse como fiable, por lo que la acusación tiene probabilidades de ser verdad; entonces la conclusión de culpabilidad no solo recae en el razonamiento emocional. Pero el texto de Bolaños es claro: para él, concluir que Foucault es culpable pasa por mencionar las emociones, las cuales parecen tener mayor importancia que la validez del testigo. Aquí es importante reiterar que sentir emociones negativas no es, de ninguna manera, reprochable, el yerro está en dejar que sean la mayor fuente de información que explica los fenómenos de la realidad.

En segundo lugar, la sobregeneralización se encuentra en el movimiento sinecdótico de transmitir la perversión del sujeto a su obra. Es cierto que Bolaños no transmite la perversión a toda la obra foucaultiana sino sólo a unas cuantas líneas y al concepto de heterotopía (los lugares de los otros).

Sin embargo, una sobregeneralización perfectamente bien marcada es cuando el autor se pregunta si cancelar enteramente a Foucault o no. No se pregunta si cancelar ese concepto foucaultiano —la heterotopía—, sino que se pregunta por cancelar a Foucault en general, a toda su obra.

En cuanto al pensamiento dicotómico entre nosotros los buenos y aquel francés, el malo, se puede observar que se mezcla con el culto a la ultraseguridad ya que Bolaños —profesor universitario— se plantea la cuestión de cancelar a Foucault en los cursos que imparte para “proteger” a sus estudiantes, que por lo demás son de nivel superior, no unos niños, y se supone que están en el lugar donde se deben poner bajo escrutinio y en discusión todas las ideas: la universidad. Si las escuelas no enseñan a discutir usando la lógica y la razón, todo tipo de ideas y teorías, ya sean acertadas o equivocadas, le están fallando a su sociedad.

La única característica de la cultura de la cancelación que no reproduce el texto de Bolaños es la adicción de buscar la aceptación en forma de *likes*, *retuits* y otras formas de llevar un *score* dentro del mundo digital. Sin embargo, tal adicción la reprodujeron los internautas en las redes sociales, quienes exigían la cancelación del filósofo francés.

Así, se resalta el carácter más huidizo de la cultura de la cancelación: es un proceso fragmentado, donde cada individuo pone su granito de arena que parece inofensivo —unos sólo sobregeneralizan, otros sobreprotegen, otros más piden cancelar al autor, otros reproducen ideas ajenas para aumentar su *score*, otros razonan emocionalmente—. Así como una cabra, un león y una serpiente no constituyen una Quimera, cada uno de estos comportamientos de manera aislada no constituyen la cultura de la cancelación. Lo terrible radica en la conjunción, como una tormenta de arena que busca enterrar partes del pensamiento humano en su afán sobreprotector. Si

dichas partes del pensamiento son benéficas o no —en este caso las teorías y conceptos de Foucault—, es una discusión que habrá de ocurrir y que se debe de incitar. Preferentemente en dos lugares importantes: en la arena pública y en las universidades.

Ahora, Bolaños no está cancelando, solo se lo pregunta; pero su texto expone los mecanismos de la cultura de la cancelación. De hecho, yo apostaría a que Bolaños no canceló a Foucault a fin de cuentas, pero él es un profesor de filosofía entrenado en argumentación y aun así presentó casi todos los síntomas de la cultura de la cancelación en un solo texto, ¿qué se podría esperar del resto de nosotros?

Así, una vez señalados algunos ejemplos, es conveniente analizar las consecuencias de cancelar. Para este propósito, *Sobre la libertad*, de John Stuart Mill, sigue siendo el estándar dorado en cuanto a libertad de expresión en el pensamiento occidental; nuestro Belorofonte. También uso a la teoría de juegos, la cual es una herramienta muy útil para hacer eficientes las elecciones y estrategias de los individuos.

Consecuencias de la cancelación

El siguiente análisis es sobre un solo individuo, pero también puede usarse cuando se trata de grupos. Pensemos en un juego donde hay, para simplificar, dos

personas, una con una idea valiosa y otra con una idea no tan valiosa. En lugar de ideas, también podría tratarse de proposiciones verdaderas o no verdaderas. Las reglas del juego para cada jugador son sólo dos: argumentar con el otro o cancelar.

En primer lugar, si la persona con una idea no tan valiosa cancela a aquella que posee una idea valiosa, entonces se pierde la oportunidad de cambiar la idea no tan valiosa por una más valiosa. En segundo lugar, si la persona con una idea valiosa cancela a aquella que tiene una idea no tan valiosa, entonces se pierde la oportunidad de identificar aquella idea no tan valiosa que serviría de contraste para reforzar la idea valiosa y además se pierde la oportunidad de cambiar lo no tan valioso por aquello que lo es más. Un tercer argumento dice que, si ambas personas tienen una idea con algún nivel de valía semejante y se cancela el intercambio de ideas, ninguna persona puede aumentar su nivel general de ideas valiosas.

Mill encuentra que la única situación en la cual se debe de cancelar una idea o un discurso es cuando éstos causan daño. Esto, de entrada, acepta el hecho de que las palabras tienen consecuencias en el mundo real. Mill también manifiesta la dificultad de identificar qué discursos causan daños y cuáles no. Sin embargo, bajo la influencia de varias distorsiones cognitivas ya mencionadas —como el pensamiento dicotómico, los buenos en contra de los malos, la lectura del pensamiento, sobregeneralización— se cae en la tentación de calificar a la mayoría de los discursos e ideas contrarias a las nuestras como dañinos; es decir, se cae en la cultura de la cancelación. Es claro que todos aquellos que quieran cancelar una idea valiosa es

porque no la comprenden: pensarán que están deteniendo el avance de una idea poco o nada valiosa e incluso dañina.

Aquí, Mill advierte que todo intento de silenciar cualquier idea es asumir que nuestras ideas son infalibles y —hay que repetirlo— ninguna —ninguna— idea lo es. A Sócrates se le envenenó por considerar que sus ideas eran dañinas para la sociedad y aquí estamos nosotros —socráticos indudablemente— 2,500 años después. De manera que, si una idea, incluso por unanimidad es considerada dañina, es probable que no lo sea para las generaciones futuras y cancelar esa idea es cancelar la posibilidad de un mundo mejor. Aunque resulta claro que pocos o nadie aspira realmente a ser un Sócrates. Otro ejemplo en el mismo tenor sería la idea del aborto, ¿qué habría pasado si la mayoría de las personas de hace 1000 o 2000 años hubiese decidido erradicar la idea del aborto y no hubiese llegado viva al siglo XX? La libertad de expresión es siempre una forma de resistencia.

Además de las consecuencias individuales, Señaladas por Mill, de cancelar ideas, existen otras no menos importantes. Por ejemplo, la cultura de la cancelación provoca un aumento en la polarización de la sociedad, debido al efecto de las cámaras de eco que producen las redes sociales y a la viralidad que alcanzan los movimientos de cancelación¹¹. Además, el pensamiento dicotómico por sí mismo hace creer a la gente que la vida es una lucha de nosotros, los buenos, contra los otros, los malos. Y, a

¹¹ Lukianoff, G. y Scholtt, R. 2023. *Canceling Of The American Mind*. Ed. Simon & Schuster.

menos que se trate de la guerra, la vida nunca se trata de luchar los unos contra los otros.

Tener ideas y creencias diferentes a las de nuestros vecinos o familiares está bien y es sano. Creer en hipótesis equivocadas también está bien, todos tenemos derecho a equivocarnos. En consecuencia, a través del pensamiento dicotómico, tanto los individuos como las ideas en circulación se vuelven homogéneos y las ideologías adquieren fuerza; la idea de lucha entre buenos y malos se intensifica; la sociedad cae en el fenómeno de la polarización. Así, la polarización hace que los posicionamientos y las ideas se alejen del centro y se vuelvan más extremistas. En el mismo tenor, el extremismo ideológico es un factor que choca directamente con el valor democrático de la pluralidad. De esta forma, la cultura de la cancelación, al aumentar la polarización, provoca el fenómeno del *groupthink* —o pensamiento grupal— el cual tiene como efecto el aumento de las malas decisiones que el grupo en cuestión tome.^{12 13}

Así, cancelar promueve que los individuos tengan menos acceso a más y mejores ideas valiosas; también, provoca un aumento en la polarización social, lo cual deteriora el valor democrático de la pluralidad; por último, por medio del *groupthink*, produce que las personas tomen decisiones subóptimas.

¹² *Ibidem*

¹³ Janis, Irving L. 1987. “Pensamiento Grupal”. Universidad de Yale. Traducción de Guadalupe Martínez Barquín y María Eugenia García Vega en Revista de Psicología Social, vol. 2

Con estas consecuencias identificadas —disminución de ideas valiosas, aumento de la polarización y aumento decisiones subóptimas— se puede construir una matriz de pagos para poder identificar las diferentes estrategias que puede tomar una persona. Los jugadores serán —como se puede ver en la tabla 1— una persona que posee una idea valiosa y otra persona con otra idea no tan valiosa. Las decisiones que pueden tomar los jugadores son cancelar al otro o argumentar e intercambiar ideas con el otro. Las posibles combinaciones de elecciones y las consecuencias de cada una se pueden apreciar en dicha tabla.

Cancelar vs Buscar intercambio de ideas

Tabla 1

Matriz de pagos

		Persona "B" con ideas no tan valiosas	
		Cancela	Busca intercambio de ideas
Persona "A" con ideas valiosas	Cancela	• "PA" pierde la oportunidad de reforzar sus ideas. • "PA" aumenta la polarización. • "PA" aumenta sus prob. de tomar malas decisiones.	• "PB" no obtiene una mejor idea. • "PB" aumenta la polarización. • "PB" aumenta sus prob. de tomar malas decisiones.
	Busca intercambio de ideas	• "PA" pierde la oportunidad de reforzar sus ideas. • "PA" aumenta la polarización. • "PA" aumenta sus prob. de tomar malas decisiones.	• "PB" no obtiene una mejor idea. • "PB" rompe la cadena de polarización. • "PB" mantiene sus prob. de tomar buenas decisiones.
		Escenario de cultura de la cancelación fuerte	Escenario de cultura de la cancelación moderado

Busca intercambio de ideas	• “PA” pierde la oportunidad de reforzar sus ideas. • “PA” rompe la cadena de polarización. • “PA” mantiene sus prob. de tomar buenas decisiones.	• “PB” No obtiene una mejor idea. • “PB” aumenta la polarización. • “PB” aumenta sus prob. de tomar malas decisiones.	• “PA” refuerza y contrasta sus ideas. • “PA” disminuye la polarización. • “PA” aumenta sus prob. de tomar mejores decisiones.	• “PB” aumenta la prob. de mejorar sus ideas. • “PB” disminuye polarización. • “PB” aumenta sus prob. de tomar mejores decisiones.
	Escenario de cultura de la cancelación moderado		Escenario de equilibrio social	

De esta forma se pueden apreciar cuatro escenarios, cada uno con consecuencias diferentes para cada persona. En el mismo tenor, el escenario donde la persona “A” y la persona “B” deciden intercambiar ideas es a todas luces el que más beneficios reporta a cada participante; ambos mejoran sus ideas, disminuyen la polarización y aumentan sus probabilidades de mejorar sus procesos de toma de decisiones al evitar caer en el *groupthink*. Sin embargo, este escenario es justo el que no se alcanza de manera natural en la sociedad, debido a que las personas en el día a día no somos racionales por completo. Precisamente, las distorsiones cognitivas aquí tratadas nos impiden tener una información completa de la realidad y afectan nuestras elecciones.

Así, los tres escenarios donde al menos una persona cancela a la otra, representan a la cultura de la cancelación. De forma que el escenario donde ambas

personas buscan intercambiar ideas es donde las consecuencias son benéficas para todos y a este escenario solo se puede llegar si se cuenta con información completa, para lo cual es necesario evitar las distorsiones cognitivas.

Hasta el momento, se puede ver que la cultura de la cancelación tiene detonadores específicos —razonamiento emocional, culto a la ultraseguridad y sobregeneralización—, los cuales provocan las conductas particulares de la misma: cancelar tanto ideas como personas mediante el uso de un movimiento sinecdótico; creer que se cancelan ideas y personas dañinas en nombre del bien y protegiendo a los débiles, es decir, pensando que existe una división entre buenos y malos seres humanos. Todas estas conductas se encuentran —y se potencian— dentro del mundo de las redes sociales, al tiempo que crean consecuencias: polarización, intolerancia, *groupthink* e ideas incompletas, mutiladas, dañadas, descompuestas.

Estas consecuencias refuerzan las distorsiones cognitivas que les dieron origen y se forma un círculo vicioso que poco a poco va afectando los valores democráticos de la pluralidad y la libertad de expresión. No se necesita mucha imaginación para saber hasta dónde es capaz de llegar el ser humano cuando se cree dueño de la verdad —véase la inquisición, el nazismo o los gulags, por mencionar algunos ejemplos—. De manera que, solo queda preguntarse, ¿cómo romper el ciclo?

La libertad es peligrosa, tan apasionante como difícil de vivir

Enfrentar a la cultura de la cancelación no es fácil. Ya vimos que un profesor entrenado en filosofía cayó en las fauces de nuestra Quimera. Pero invencible no es. Se precisa de un Belorofonte, el cual ya tenemos: John Stuart Mill. Y también se necesita de varias armas bien afiladas para enfrentarla. He aquí las que he encontrado.

En primer lugar, hay que ser conscientes que cancelar o ser cancelados nos lleva a tener ideas menos valiosas o a privarnos de aquellas que lo son más. Además, hay que tener en cuenta que existen distorsiones cognitivas que nos pueden llevar a interpretaciones dañinas y equivocadas de la realidad, por lo tanto, hay que estar atentos a no caer en ellas. Con esta información tenemos las herramientas necesarias para estar el mayor tiempo posible en el escenario de equilibrio social señalado en la tabla 1: no cancelar a los otros y buscar el intercambio de ideas. Muy probablemente en pocas ocasiones alguien cambiará de idea; pero el diálogo respetuoso y razonado —sin caer en etiquetas, ofensas y aceptar que los otros pueden tener razón por más que a mí mismo me parezca absurda su idea— abatirá los niveles de polarización y *groupthink*.

En segundo lugar, se puede aplicar un pensamiento clínico ahora que se conocen las distorsiones cognitivas que detonan el ciclo de la cancelación. Por lo tanto, si somos conscientes que podemos caer en un razonamiento emocional, sería bueno tener en cuenta que no es buena idea quedarnos con el primer sentimiento que nos produce un acontecimiento. Convendría tener en mente el principio de caridad, el cual

dice que uno debería interpretar las palabras de los demás de la mejor manera y la más razonable posible, no de la manera más ofensiva.

El culto a la ultraseguridad es una obsesión por eliminar amenazas, reales o imaginarias. Dicha obsesión priva a las personas de las experiencias negativas necesarias para crear una mente resistente a las tensiones cotidianas. Al eliminar todo rastro de los estresores sociales, las personas desarrollan más ansiedad y son más propensos a verse a sí mismos como víctimas. De manera que, para no caer en una patología, es bueno ir en busca de pequeños desafíos en lugar de eliminarlos o evitar todo lo que nos haga sentir inseguros. Una exposición gradual a pequeños estresores devolverá nuestro umbral de tolerancia a niveles que nos permitan una mejor convivencia dentro de una sociedad plural.

Para no caer en la sobregeneralización y el pensamiento dicotómico es claro que convendría tener en cuenta que todas las personas, a través del tiempo, cambiamos. Nosotros no somos los mismos de hace 20 años ni seremos los mismos de hoy dentro de 20 más, nuestras preferencias y convicciones han cambiado y lo seguirán haciendo. Cada persona es así. No existe tal cosa como gente buena o gente mala —justo es una sobregeneralización—, todos somos una suma indescriptible de pensamientos y acciones que no necesariamente tienen que guardar coherencia. Existe gente a favor de las corridas de toros y al mismo tiempo es activista en contra del cambio climático. Hay quien en la juventud defendió fuertemente una postura política y años después milita en una contraria. Hay personas con fuertes rasgos

machistas que al paso del tiempo los cambian y algunos se acentúan aún más. Cuando se acusa de hipocresía a la gente por haber militado en el lado de los malos años antes, se olvida que todos hemos cometido errores y que todos tenemos derecho a cambiar de opinión.

Ya lo mencionaba Mill, todos somos falibles, nadie es infalible; de modo que a cada momento estamos a punto de cambiar de ideas. A esto cabe agregar que cuando se trata de argumentación o apreciación de arte, es más útil separar al autor de la obra, para poder obtener los mejores beneficios del pensamiento humano, un ejemplo claro en filosofía es Heidegger, nazi declarado; en letras, Naipaul, ser humano deleznable declarado. No está de más aclarar que la relación vida y obra es necesaria para otro tipo de estudios, biografías, análisis de influencias, historiografía y bastantes más.

En caso de que se encontrase culpable a Foucault, valdría la pena rescatar su obra y olvidarse del ser humano. Lo contrario del movimiento sinecdótico es un pensamiento sumamente detallado, encontrar y señalar quirúrgicamente aquello que no es útil, separarlo y quedarse con lo valioso. Cabe repetirlo: los conceptos y las ideas no son enemigos a los cuales erradicar; hay que debatirlos, cambiarlos, resignificarlos, interpretarlos de la manera más útil posible. Las personas tampoco son enemigos; son plurales, contradictorios, policromáticos. No debemos odiar al todo cuando estemos en desacuerdo con una parte.

En el mismo tenor, es importante señalar algunas limitaciones de este ensayo. En primer lugar, no se ha podido discurrir sobre cómo identificar aquellas ideas o expresiones que son realmente dañinas. Eso amerita ser tratado en otro texto.

En conclusión, la cultura de la cancelación es un círculo que se reafirma a sí mismo cada vez que se cancela a una idea o una persona. También, queda claro que cancelar aumenta la polarización, el *groupthink* y nos priva de la posibilidad de mejorar nuestras propias ideas. De manera que es deseable no caer en la cultura de la cancelación y una de las formas de salir del *loop* de la cultura de la cancelación es reconociéndolo. Hay que reconocer en nuestros comportamientos al razonamiento emocional, a los movimientos sinecdóticos causados por la sobregeneralización y al culto a la ultraseguridad.

Además, hay que ser conscientes que la cultura de la cancelación puede ocurrir de manera fragmentada, pero el efecto es global. Por lo tanto para combatir la cultura de la cancelación se proponen dos vías principales. Por un lado, identificar nuestras distorsiones cognitivas e intentar controlarlas, siendo más cautos y precisos a la hora de emitir juicios, tener en mente el principio de caridad. Y por el otro, como dice Karl Popper, hay que recordar que la idea más fuerte es aquella que soporta más críticas; así que ir a buscar e intercambiar críticas a nuestras ideas es una forma de aumentar nuestros umbrales de tolerancia.

Los seres humanos somos complejos y plurales, es complicado ser consciente de todas nuestras distorsiones y más complicado aún es pensar que aquello que me molesta e incomoda puede ser una idea correcta y la mía no serlo. Todos pensamos que somos los buenos y que nuestros valores son los que deberían prevalecer para mejorar a la sociedad. Precisamente la pluralidad se trata de eso: aceptar lo que consideramos inaceptable para nosotros mismos. Pero sin ese respeto a la pluralidad, las olas de la represión amenazan a nuestra sociedad tal como la conocemos hoy en día.

Respondiendo a una de las preguntas más importantes en nuestro tiempo: ¿Se puede convivir y disfrutar el tiempo con una persona con preferencias políticas diferentes a las nuestras? Sí, claro que se puede. Además, hay que argumentar e intercambiar ideas con que justamente piensan diferente a nosotros; intercambiar ideas con quien piensa igual a nosotros es, aparte de aburrido, insustancial y empobrecedor: sólo gastamos tiempo escuchando lo que ya sabemos. Primero como individuos y después como sociedad hay que enriquecer la arena de debate y no levantar paredes de silencio.

Siendo capaces de reconocer a la Quimera cuando la vemos, armados no con el derecho sino con el deber de la libertad de expresión, sólo nos falta lanzarnos a su caza. Nada nos asegura el triunfo, pero sin una lucha, la derrota está garantizada.